

ron erigir este famoso templo al Dios Ce Acatl, gero-glífico como he dicho del primer año de la cuarta indiccion de su siglo, porque habiendo logrado en los años señalados con este simbolo muchos prósperos sucesos, hicieron creer al vulgo que este signo era para ellos el mas feliz, y por eso digno de tributarle adoraciones; y dándole bulto de deidad, le erigieron este templo en que colocaron su estatua en figura humana, adornada de plumas de todos colores, y con una caña de carrizo en la mano diestra.

Hicieron los sacerdotes esta funcion con la mayor ostentacion y magnificencia, con lo que lograron atraer á su ciudad un gran concurso. El templo fué desde luego muy venerado y frecuentado, y los sacerdotes aumentaron tanto su autoridad y poder, que sin embargo de la destruccion del reino Tolteca, mantuvo Cholollan su esplendor, y en los tiempos posteriores llegó á ser una especie de república sacerdotal.

CAPITULO XXXI.

Dase principio, noticia de los principios del reinado de Topiltzin, de sus desórdenes, del cumplimiento de las predicciones de Hueman, y de las plagas con que castigó el cielo á todo el reino, y fueron el presagio de su destruccion.

Cuarenta años tenia Topiltzin cuando entró á suceder á su padre en el reino. Habialos pasado siempre al lado de sus padres en una estrecha sujecion; y aunque el rey habia dejado con estudio las riendas del gobierno en sus manos y en las de la reina, esta era

ia que todo lo dirigia, sin que el príncipe se atreviese á hacer cosa alguna sin la órden y beneplácito de su madre. Habia mantenídose soltero hasta esta edad; mas luego que sucedió en la corona, dispuso su padre casarlo con una señora de las mas principales de su reino, cuyo nombre no nos dicen, sino solamente que era de los mas ilustres y correspondiente á su alta calidad, y que se celebraron las bodas en su corte de Tollan con todo el aparato debido á tal funcion, y con muchas fiestas y regocijos.

Apénas comenzó Topiltzin á reinar, comenzaron tambien á lucir con mayores brillos las singulares prendas y talento de que le dotó el cielo, de suerte que la compañía de sus colegas, que parece habia de disminuir en algo su grandeza, fué el mas plausible motivo de su ecsaltacion: porque siendo ellos los primeros que confesaron rendidos su desigualdad, con dejar enteramente en sus manos el gobierno, y reputándose por mas felices en obedecerle y venerarle, que capaces de contribuir en algo al acierto de su conducta, le quedó enteramente libre el campo á su lucimiento, y á ejemplo de ellos, el resto todo de sus vasallos veneraba con admiracion el sabio gobierno de su príncipe, en quien les parecia que lograban mejoradas las singulares prendas de sus predecesores.

En medio de estos aplausos no hallaba descanso ni quietud el corazon del anciano rey Tecpancaltzin, que revolviendo continuamente en su imaginacion las predicciones de Hueman, temia su cumplimiento. Esto le estimulaba a velar incesantemente sobre la conducta del hijo, y á inspirarle todas aquellas máximas que creia conducentes á su felicidad. No se desvelaba mé-

nos la prudente madre en coadyuvar con el consejo á los aciertos del rey, que bien instruido y satisfecho de la alta comprehension y rectitud de aquella heroína, escuchaba sus voces como de un oráculo. Cuatro años reinó tan feliz y dichoso, que pudo competir con el mas afortunado de sus predecesores, hasta que la misma veneracion y respeto con que le miraban sus súbitos, y el despotismo con que mandaba en ellos, hizo que degenerando la virtud en presuncion y orgullo, deponiendo el rubor, fiado en la magestad, y creyéndose autorizado con el mal ejemplo de su padre, soltase la rienda á su apetito, y no contento con la propia esposa, multiplicase delitos con cuantas le presentaba su antojo.

Para lograr mas á su salvo sus torpes deleites, determinó cubrirse con el velo de la religion, y para ello se valió de dos sacerdotes, que eran de los mas principales señores de su corte, tan sabios en la ciencia astronómica, y de tan alta reputacion en el vulgo por sus predicciones, que llegaron á tenerlos por divinos. Llamábase el uno Tlatlahqui, y el otro Tezcatlipuca, á quien dieron en los tiempos posteriores culto y adoracion, colocándole entre sus dioses.

De estos, pues, se valió para seducir y engañar á todas aquellas mugeres de cualquier estado que fuesen, á que se inclinaba su ciega pasion, haciéndolas creer que era del agrado de los dioses el cumplir los brutales antojos del rey, y que tan léjos estaban de cometer delito, que ántes eran estas obras meritorias, por las que recibirian colmados premios. Pocas, é ninguna se resistia á sus persuasiones, segun el alto concepto que habian formado de la sabiduría y rectitud

de aquellos malignos embusteros, que al mismo tiempo que lisongeaban la pasion del rey, largaban tambien la rienda á sus apetitos, y á ejemplo de él y de ellos era todo desorden y confusion; pues perdida la vergüenza en los hombres, y el honor y modestia en las mugeres, llegaban ya á profanar hasta el sagrado de sus templos siendo sus sacerdotes los mas abominables delincuentes; porque no solo no guardaban ya la castidad que habian profesado, sino que propasándose á mayor delito se valian de la fuerza dentro de sus mismos templos con las que no querian rendirse voluntariamente á sus halagos.

Entre estos dan noticia de dos mas perversos, llamados Ozcolotli y Texpolcatl, supremos sacerdotes de aquel gran templo de Cholollan, de que dimos noticia en el capítulo pasado que se habia erigido el año de 1069 en honor de Ce Acatl, en el que no solamente habia sacerdotes, como en los otros, sino tambien sacerdotizas, que cuidaban de barrer, limpiar y asear el templo, y atizar el fuego sagrado que habia en él. Estas profesaban tambien castidad, y habian establecido los reyes rigurosas penas contra las que la quebrantasen.

Llegó á tanto el desorden en estos tiempos que el sacerdote Texpolcatl galanteando publicamente á una señora principal de Tollan que se habia dedicado al servicio de aquel templo, y era como maestra ó rectora de las demas, la pervirtió y tuvo con ella ilícito comercio público y sin embozo, del que le nació un hijo llamado Ixcax, que despues le sucedió en el supremo sacerdocio. En el corto espacio de dos años llegó á tanto la corrupcion de costumbres en el reino Toltecatl, que ya ni el rey cuidaba de la observancia de las leyes,

ni los vasallos atendian mas que á saciar sus brutales apetitos; y turbado todo el órden, precipitándose de delito en delito, eran frecuentes los robos, las muertes y otros abominables crímenes.

El viejo rey Tecpancaltzin y la reina Xochitl miraban con lastima y horror el miserable trastorno de toda la monarquía; y aunque procuraron contener el desórden, y poner algun remedio á tantos males, ya reprimiendo á Topiltzin, cubiertos del respeto de padres, ya aconsejándole amorosamente, nada fué bastante á refrenar el ímpetu de sus desordenados apetitos; y aunque á las reprobaciones se mostraba humilde y obediente, y á los consejos benévolo y humano con semblante de aceptarlos, nada ménos que esto parecia en la ejecucion, sino por el contrario, precipitarse mas cada dia en sus desórdenes, olvidado enteramente del gobierno, que habia abandonado en manos de sus confidentes, no ménos embriagados que él en sus torpes deleites, y á su ejemplo vivian del mismo modo todos los vasallos.

Lloraba amargamente estos males el viejo Tecpancaltzin, considerándose causa original de todos ellos, pero mas inconsolablemente lloraba la reina Xochitl, viendo perdido todo su trabajo y desvelo en la educacion que con tanto esmero procuró dar á su hijo, tanto con las palabras, como con el ejemplo, esforzándose á infundir en su corazon las mas sabias y seguras máximas de probidad y rectitud, con que haciendo glorioso su reinado aumentase la felicidad y esplendor de su reinado, el cual miraban ambos penetrados de dolor que caminaba á gran paso á su última ruina, cumpliéndose á la letra la prediccion del sabio Hueman.

Así fué con efecto, y no tardó el cielo en cumplir sus amenazas; porque al fin del año de siete pedernales, que corresponde al de 1096, estando el rey Topiltzin divirtiéndose en sus jardines, vió un animal pequeño con cuernos de la hechura de los del venado, y mandándole tirar con una cerbatana, le mataron, y habiendolo reconocido, vieron que era conejo. Causó gran cuidado al rey, que tenia bien visto el Teoamoxtli de Hueman, y sabia que esta era una de las señales que habia profetizado que precederia inmediatamente á la destruccion del reino: mas con todo no manifestó su cuidado, y prosiguió divirtiéndose en sus jardines; pero á pocos pasos vió á la ave Huitzitzilin que andaba chupando el licor de las flores, y reconoció que tenia espolones, cosa extraña en aquel pequeño pájaro, y era otra de las señales profetizadas por Hueman.

No pudo ya el rey disimular su pena, y mandando disparar al pájaro con la misma cerbatana le mataron. Hizo llevar á uno y otro á una pieza de su palacio, y habiendo ido él tambien á ella, mandó llamar al punto á todos los sabios y sacerdotes de su corte, á quienes manifestó aquellos dos animales, cuyas circunstancias verificaban cumplida la prediccion de Hueman, y les pidió consejo de lo que deberia ejecutar.

Confusos quedaron todos al ver aquellas señales, que unánimes concordaron en ser las mismas que predijo Hueman, y que por consiguiente estaba muy cercana la amenazada destruccion del reino: mas que no por eso debia tenerse por infalible, pues los dioses que mandaban de antemano el aviso y prevenian el riesgo, podian aplacarse con el ruego; y así fueron de dictámen de que para aplacar su enojo y que suspen-

diesen el castigo, se les hiciesen grandes fiestas y sacrificios, que estos por entónces no eran de sangre humana, sino de aves y animales.

Mandó el rey que así se ejecutase, no solo en la corte, sino tambien en todos los templos famosos de las demas ciudades del reino; mas no por eso dejó de cumplirse la amenaza del verdadero Dios, que habia determinado castigar las culpas de estas gentes, y tan léjos estaba de aplacarse con sus abominables sacrificios, que ántes eran nuevo motivo para irritar su justo enojo, no solo por el falso culto, sino tambien porque con el motivo del mayor concurso, se multiplicaron los excesos, y así en el año de ocho casas, que corresponde al de 1097 por el otoño, comenzó á llover tan recios aguaceros, que creciendo los arroyos, y saliendo de madre los rios, no solo destruyeron los campos, arrollando las sementeras del maiz, chile, frijol y chia, que estaban por este tiempo en su mayor lozanía, sino tambien causando graves daños en muchas de las poblaciones las inundaciones; porque aseguran que llovió de este modo cien dias continuos; de suerte que ya concibieron que volvía á inundarse la tierra con otro diluvio.

Tanto las aguas como los recios vientos que las acompañaron, destruyeron muchos edificios; y de resultas de la mucha humedad que causaron se originó tanta copia de zapos, de una gran magnitud, que no solo les destruyeron en los campos lo poco que habia perdonado el agua, sino que metiéndose dentro de las casas, les causaron muchos daños, y les hacian vivir en un continuo sobresalto.

Al año siguiente, que señalaron con el geroglífico

de nueve conejos, les sobrevino segunda calamidad, porque habiendo cultivado y sembrado sus campos con el mayor esmero, obligados de la necesidad en que se hallaban con la destruccion de sus sementeras, fué tal la seca, que no cayó gota de agua en todo el año; con lo que no solo perdieron sus cosechas, y se secaron hasta los árboles, sino que fueron tan excesivos los calores que parece que llovía fuego del cielo, sin que pudiesen hallar refrigerio, ni fuera de las casas ni dentro de ellas, de que se originó mucha mortandad, tanto en las gentes como en los animales.

Al tercer año, que señalan con el geroglífico de diez cañas, experimentaron tan horribles heladas, que no solo consumieron en los campos lo poco que habian perdonado los calores pasados, sino que se helaron hasta los magueyes: ponderacion verdaderamente grande para quien sabe lo que es esta planta, á quien las mayores heladas no hacen mella: á lo ménos en los tiempos posteriores despues de la conquista, no se ha visto semejante ejemplar.

Al cuarto año que fué señalado con el geroglífico de once pedernales, y corresponde al 1100, cuando ya creían haber escapado del azote, casi logradas sus sementeras, les sobrevino una plaga de langostas y gusanos de diferentes especies, que taladrando las raices de las plantas las derribaban, al mismo tiempo que un gran número de aves diferentes se echaban en bandadas á destruir los frutos.

A los fines del año apareció otra maravilla, y fué haberse hallado en la cima de un cerro un niño de tan corta edad, que aun no hablaba, blanco, rubio y de tan bello aspecto, que por cosa singular le llevaron á

presencia del rey, teniéndolo por agüero feliz y presuncio de que cesarian sus calamidades; mas viéndolo el rey formó muy opuesto concepto, y así mandó que al punto volviesen á dejarle en el mismo parage en que le habían hallado. No pudo ejecutarse su orden, porque en el mismo instante comenzó á podrirsele la cabeza, y á exhalar de ella tan pestífero olor, que muchos de los que se hallaron presentes murieron luego apestados de sólo su fetidez, y murió tambien el mismo niño; otros quedaron enfermos, y propagándose de unos en otros el contagio, se encendió una cruel peste, que aunque no duró mucho tiempo, hizo fatal estrago y se llevó mucha gente, tanto de la corte, como del resto del reino, y de las demas principales ciudades donde prendió con suma violencia.

Así se cumplieron á la letra las predicciones del sabio Hueman; y con los repetidos azotes de tantas y tan terribles calamidades, comenzó á verificarse la destrucción del reino, habiendo perecido en ellas un considerable número de gente, quedando las demas confusas y aterrorizadas á vista del estrago.

CAPITULO XXXII.

Dase noticia de las guerras que movieron á Topiltzin los tres régulos de la costa del Sur, á quienes procura atraer á su amistad con regalos; mas con todo vienen con ejército contra él, y con industria logra una tregua de diez años.

En medio de todas estas desdichas y calamidades que afligian el corazón del rey, le llegó la noticia de

que los tres régulos sus contrarios que no quisieron darle obediencia habian comenzado á cometer algunas hostilidades en las fronteras de su reino, y contra sus vasallos, y aquí fué donde llegó á lo sumo la aflicción del monarca, sabiendo con certeza que preparaban un ejército para declararle abiertamente la guerra.

Bien conoció que el verdadero motivo de estos castigos lo habia dado él con sus desórdenes y mal ejemplo á sus vasallos; y así resolvió como sabio, no solo enmendar su conducta, sino procurar tanto con el ejemplo, como con las palabras, persuadir á sus súbditos á que la verdadera causa de sus males eran sus abominables delitos, y que habiendo sido él el primero en cometerlos, era justo que lo fuese tambien en detestarlos, y desengañarles de las falsedades en que les habian impresionado los sabios y sacerdotes por lisongearle á él, haciéndoles saber que jamas podría serle agradable ni al Tloque Nahuaque, ó Dios Criador, ni á los demas dioses inferiores, la infracción de las justas leyes que arregladas á la luz de la razón, y á la práctica antigua de sus mayores, no solo habian conservado el buen orden y gobierno, sino que habian aumentado la gloria y felicidad de la monarquía, cuya decadencia comenzó á sentirse luego que empezó á faltar la observancia de las leyes.

Procuraba consolarlos en sus aflicciones, animándolos á sufrir con paciencia el castigo que tan justamente habian merecido, y acompañando las palabras con las obras, socorria liberal y abundantemente á todos los necesitados, sin perdonar trabajo ni diligencia que pudiese redundar en su alivio; y finalmente volviendo seriamente sobre sí, y valiéndose de su gran talento,

puso todos los medios que le dictó su prudencia para restaurar la observancia de las leyes, la pureza de las costumbres, y el buen orden de la república, esforzándolos á tolerar el castigo que ya veía inevitable, aunque justamente merecido. Cediendo á la necesidad, determinó enviar una solemne embajada, y un gran regalo á los reyes enemigos, procurando por este medio su amistad, y el que suspendiesen la guerra y tuviesen lástima de aquel reino, á quien los dioses habian castigado con plagas tan terribles, que apenas habia quedado la quinta parte de los habitantes que tenia; que él les ofrecia por sí y sus sucesores una perpetua amistad é inviolable alianza, sin que el reino Toltecatl intentase jamas derecho alguno sobre sus reinos; y finalmente les ofrecia cederles otras tierras, con que extendiesen mas sus dominios.

Componiase el regalo de muchas piezas de oro y plata primorosamente labradas, y muchas de ellas adornadas de esmeraldas y otras piedras de colores que ellos apreciaban; cantidad de mantas de diferentes tejidos, bordados y colores, no solamente de hilo de algodón, sino tambien de pelos de liebre y conejo que hilaban, y de ellos hacian diferentes telas y ropas; muchos adornos para la cabeza y cintura de plumas de exquisitos colores: y finalmente de todo aquello que para ellos era estimable y mas precioso, en tanta abundancia, que fueron menester ciento y ochenta hombres para cargar el regalo.

Dispuesto ya todo, y nombrados cuatro de los principales señores que llevasen la embajada, partieron de Tollan á principios del año de trece conejos, que corresponde al de 1102. Tardaron en el viaje ciento y cua-

renta dias, y habiendo llegado á Quiyahuiztlan, en donde se hallaban los tres régulos juntos, les dieron su embajada con los términos mas sumisos y obsequiosos que les dictaba su necesidad, arreglados á la instruccion de su soberano, y les presentaron el regalo. Admitiéronlo ellos con semblante desdeñoso, y respondiendo á la embajada con palabras ambiguas y dudosas, dieron á entender á los embajadores que no quedaban satisfechos, y que mantenian su resolucion de declarar la guerra á Topiltzin.

Desconsolados volvieron á su corte los embajadores con tan adversa respuesta; pero el monarca Toltecatl, dotado de un ánimo grande, no mostró turbacion al oirla, ni mutacion alguna en su semblante; ántes por el contrario procuró alentar y esforzar á sus vasallos á seguirle en campaña, y á tomar las armas en favor de su rey, de su patria y de su libertad, con la esperanza de que los dioses les ayudasen; pues veian que ya de su parte habian puesto los medios para aplacar su enojo, y se habian humillado á sus enemigos; mas ellos orgullosos no se daban por satisfechos, é intentaban destruirlos; en cuyo extremo les era indispensable volver por su defensa. Y sin perder tiempo dió orden de levantar tropas y juntar pertrechos para oponerse á sus enemigos, los cuales con las tropas que ya tenian comenzaron á avanzarse por los estados del rey Topiltzin, apoderándose de algunas poblaciones.

Apénas lo supo el rey, cuando poniéndose en campaña á principios del año de una caña, que corresponde al de 1103, con las pocas y débiles tropas que habia podido juntar, marchó intrépidamente hácia los enemigos; y llegando á avistarse, quedaron estos sorprendi-

dos; porque no creían que en tan poco tiempo, y estando el reino tan exhausto con las calamidades pasadas, hubiera podido Topiltzin levantar tropas con que oponérseles y salirles al encuentro.

No estaba el rey Toltecatl en ánimo ni en disposición de medir sus fuerzas con las del contrario cuerpo á cuerpo en campaña; mas advirtiéndole su viveza la sorpresa del enemigo, determinó presentarle su pequeño ejército, amagando embestirle, con ánimo solamente de observar sus movimientos. Así lo ejecutó; y viéndole suspenso y sin acción, le ofreció prontamente su discurso un medio con que lograr una tregua en que poder prevenirse y juntar ejército competente, y por ventura en el medio tiempo ordenar de suerte las cosas, que restituyese á sus pueblos su antigua paz y felicidad. Este fué enviar dos señores de su ejército, que con señas de paz llegasen al contrario, y dijese de su parte al general que lo mandaba que allí le tenían pronto con su ejército á embarazar sus progresos, y que á la tropa que tenían presente seguían otras muchas que dentro de poco tiempo llegarían á su socorro, en cuya confianza ya les hubiera embestido, si no le contuviera el saber que esta acción era contra la política de la guerra establecida y observada entre sus mayores de tiempos muy antiguos en el imperio Chichimeca; pues de la declaración de la guerra á su rompimiento debían pasar diez años, en cuyo espacio pudieran las potencias beligerantes proveerse y prevenirse de todo lo necesario: pues era cosa indecorosa é indecente acometer á un contrario desarmado y desprevenido.

Esta pronta determinación del rey produjo puntualmente el efecto que deseaba: porque el rey Hue-

huetzin, que era el que mandaba el ejército enemigo, ó creyendo cierta la pronta llegada de las numerosas tropas que venían en socorro de aquel pequeño ejército, que no hubiera tenido la osadía de presentársele sino fuera en esta confianza, ó queriendo emular la bizarría de Topiltzin en guardar la política de la guerra, dando á sus contrarios diez años de término para prevenirse á ella, condescendió luego en retirarse, ofreciendo no hacer hostilidad alguna, y devolver las poblaciones que habían ocupado; pero protestando que dentro de diez años volvería con numeroso ejército á destruir el reino Toltecatl, sin perdonar su enojo ni á las aves, ni á las fieras, ni á las plantas; que dijese á su rey (dijo á los mensajeros) que tiempo tenía para prevenirse, que procurase juntar muchas tropas, que cuantas mas fuesen tanta mayor sería su destrucción, y tanto mas gloriosa su victoria. Con esto se retiraron entrambos ejércitos, sin haber llegado á acción alguna, y los enemigos cumplieron la palabra de restituir las poblaciones que habían ocupado, y no cometer hostilidad alguna en su retirada, ni después en sus fronteras.

CAPITULO XXXIII.

En los diez años de la tregua procura Topiltzin restablecer la observancia de las leyes, castigando severamente á los transgresores, y hace todos sus preparativos para la guerra. Vuelven sus enemigos con numeroso ejército, y después de mas de tres años de guerra, destruyen el reino, lo saquean y se vuelven, dejándole despoblado.

Volvió Topiltzin á su corte consolado, y con la